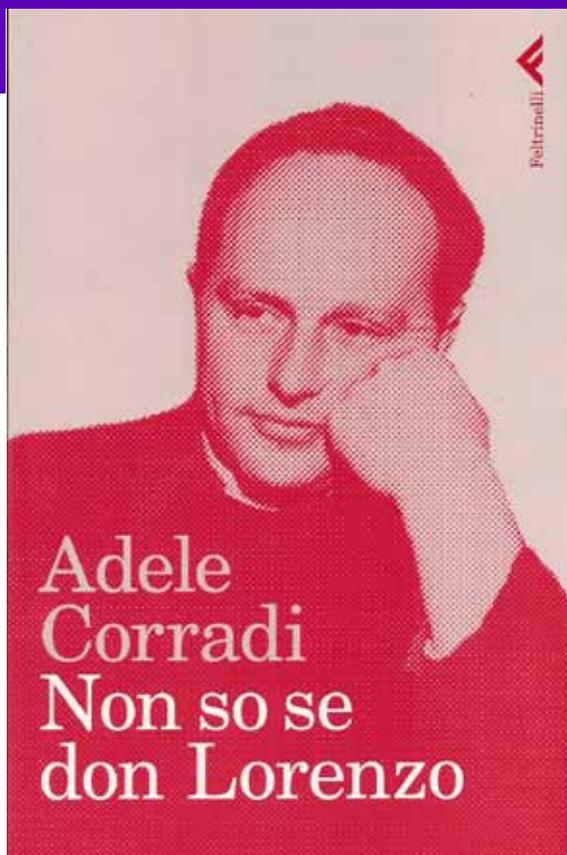


El Grupo Milani, de Salamanca y de otros lugares de España, ya le debía mucho a la profesora Adele Corradi que fue nuestra amiga y se vino a vivir un curso en la Casa-escuela Santiago Uno. Este libro multiplica nuestra gratitud.

El libro *NON SO SE DON LORENZO* (Feltrinelli, Milán 2012)

José Luis Corzo (M)*



Hace muchos años –cuando más la traté– en Salamanca, me sorprendía que Adele Corradi aportara datos de don Milani contradictorios entre sí: detalles que decían todo lo contrario de lo que se pretendía demostrar. Un día, al acabar mi explicación sobre Barbiana a unos visitantes de la Casa-escuela Santiago 1, se lo dije: “Adele, ¿por qué, cuando yo estoy insistiendo en que don Milani era A o era B, sale Vd. con una anécdota que hace pensar en todo lo contrario?”.

Me temo que yo entonces no la entendía y que, en la práctica, acordamos algo tan horrible como que ella se callaría en público esos detalles desconcertantes y, después, me los contaría a mí solo. Estábamos muy de acuerdo en lo fundamental, yo he aprendido de ella casi todo lo que sé de don Milani, así que no era cuestión de discrepancia ni de protagonismo (basta conocerla a ella; de mí no estoy tan seguro). Ahora en su libro veo con claridad lo que pasaba, porque las caricaturas se construyen y se dibujan así: primero te haces una idea del personaje y luego subrayas

lo que te interesa y suprimes lo que te sobra. Así están escritos la mayoría de los muchos libros que hay sobre Milani. Cada uno narra desde su perspectiva, cree poseerlo y lo hace coherente. Lo utilizamos. Un teólogo lo confronta con la fe; el político, el sociólogo, el pedagogo, el periodista... lo comparan con lo suyo para resaltar sus rasgos.

Adele, desde el título de su libro (*No sé si don Milani*), sabe bien que no lo posee y lo muestra sin definirlo y sin interpretarlo (lo que es sumamente difícil). No demuestra nada; y no porque tenga dudas, sino porque no olvida que cualquier persona es un misterio y –en el caso de don Milani– ella toca con su mano el misterio muy particular de una persona que cree en Dios (al que nadie ha visto nunca).

La autora da un testimonio (en el sentido *evangélico*) muy diferente del testimonio judicial o del testimonio biográfico, porque, ante el tribunal o ante la historia se testifica objetivamente, desde fuera; se cuenta lo visto y oído y se trata de permanecer al margen de lo narrado. Adele, en cambio, se da a sí misma en cada página y se expone. Hay tal dosis de sinceridad y de sencillez en estas páginas que hay que creerla. Ninguna retórica. No sobra una palabra. Cada recuerdo nos llega sin moraleja, porque no hay nada que demostrar. No es un libro de historia, ni de micro-historia siquiera, porque, Adele cuenta “*episodios a través de los cuales se pueda vislumbrar cuáles eran las relaciones con don Lorenzo, sin tratar de dibujar el Retrato*” (p.12).

Las relaciones. Captar y describir a otros las relaciones es muy difícil y, sin embargo, son ellas, más que nuestras cualidades o nuestros actos, las que dicen quiénes somos. Pero ninguna relación personal se reduce a un hecho, ni a las palabras con que se expresa... No son materia, son espíritu, y también lo son las relaciones de don Milani con otras personas: con la propia Adele, con Eda (¡qué gran homenaje se merecía!), con Marcello, con sus chicos, con su madre, con sus superiores eclesiásticos... y, sobre todo –desde mi propia lectura inevitable– con Dios.

dos conocimientos

Semejante testimonio corresponde a una de las dos formas de conocimiento a nuestro alcance, que ahora necesito describir.



Con los años, distingo cada vez con mayor claridad dos órdenes diferentes del conocer humano. Con uno se pretende la objetividad: el *objectum* es lo que está ahí arrojado *fuera* de mí, (de *eicere*, echar). En éste se basa el conocimiento racional, que se ha ido abriendo camino poco a poco a lo largo de la historia y ha engendrado la ciencia moderna. ¡Y bendito sea!, porque nos ha librado cada vez más del conocimiento subjetivo, ideológico, dependiente de las opciones previas de cada uno; por eso dice el viejo proverbio que “nada es verdad ni es mentira, sino según el color del cristal con que se mira”.

Pero además del objetivo (y del subjetivo, en decadencia ¡ojalá!) hay este otro conocimiento que Adele presenta en su libro, y que debemos cultivar mucho más. Puedo llamarlo *autoimplicativo*, aunque me gustaría llamarlo *simbólico*, si no fuera porque la palabra *símbolo* tiene usos muy diferentes y es poco clara en nuestra cultura. Es un conocimiento muy real, ya que nuestras relaciones –con la naturaleza, con los demás y con Dios– sólo se perciben en símbolos.

Lo simbólico salta de repente. Contemplamos una pintura en el museo o escuchamos una fábula o un relato y ¡zas!, he aquí que “Zaqueo soy yo” o “ese hijo mayor de la parábola”... o puede que “el menor”. Me siento implicado, me conozco ahora mejor. No me pasa siempre, ni a todos los que ven un mismo cuadro de Goya o leen el Evangelio. Este vaso de agua lo vemos todos, pero para un sediento es algo muy distinto.

También puedo usar un ejemplo provocador: en la plaza de toros amarilla, casi de oro, todos nos sentamos en un mismo redondel y

bajo el mismo sol. Y contemplamos las mismas cosas, pitos y palmas, entusiasmo y tedio. Pero, a veces, algo que vemos nos deslumbra: la figura de ese andrógino que baila y se ciñe su enorme falda, lleno de coraje y de suavidad al mismo tiempo, y que ante esa fiera se juega la vida; sin trepar a las gradas, sin la astucia del cazador, sin la fuerza de las armas... En un trance así, tan peligroso, logra acercarnos la belleza y, como en la vida misma, no son los que huyen atemorizados, los que engañan o los que vencen quienes nos convencen, sino los que permanecen en su sitio y hacen *bella figura*, como se dice en italiano, o como dijo Milani a su madre (para explicarle el cambio de su vocación de pintor por la de cura): “sólo me encuentro sereno cuando estoy siempre a tono con cualquier eventualidad”. (También él se había dado cuenta de que en la vida “somos vistos”, no sólo espectadores y, que Dios, antes de buscarle, ya nos había encontrado y, antes de conocerle y amarle, nos conoce y nos ama).

Pues bien, quería detenerme a explicar las dos clases posibles del conocer humano, porque cada breve relato de los 71 de Adele puede activar el “¡zas!” de lo simbólico, como hacen las parábolas del Evangelio o las florecillas de San Francisco o los cuentos jasídicos. Cada episodio viene cargado: habla de aquello que pasó, pero también de la autora. Y ¡también de mí! y de nosotros, los lectores.

No conviene mirar al dedo, sino lo que señala. “No me gustaría que el famoso amor de don Lorenzo por sus alumnos se entendiera como un amor dulzarrón. A veces se ve mejor en la patada que le pegó a uno bajo la mesa”, decía la Corradi en Bérghamo, en un coloquio reciente para presentar su libro.

Ya muchos nos habían encaminado al conocimiento objetivo de Milani y eso ha sugerido una interpretación auténtica y, lo que es peor, un Sanedrín que la custodia. El mismo Sanedrín que, naturalmente, ahora desautoriza y desaprueba este libro genial.



Calenzano 1988.

Adele Corradi dice que supo desde el primer día que había encontrado una persona extraordinaria, como hombre y como cristiano y, afortunadamente, se ha decidido a contar sus recuerdos. Con ellos ha hecho un triángulo: don Milani aparece vivo en sus relaciones de aparente solitario, “habitado” por muchas cosas y personas. Adele entra ahí y acoge en sí misma la red de hilos que se entretrejen. Nos lo cuenta y nos emociona; nos dan ganas de tomar partido, de escandalizarnos o de aceptar, y de poder seguir, callados, en esa compañía...

Ahora siento, sobre todo, una inmensa alegría por mi amiga Adele Corradi y por estos años de amistad. Gracias a ella, también yo he podido vivir un poco con don Milani y en su mundo. Hace unos meses me hizo uno de los más grandes regalos de mi vida cuando me escribió: *Mi dispiace tanto che tu non abbia conosciuto don Lorenzo come l' ho conosciuto io. Non solo vi sareste divertiti. So che vi sareste voluti bene e se ci penso a come vi sareste voluti bene mi par quasi che me l' abbia detto. Buonanotte.*

[“Siento mucho que tú no hayas conocido a don Lorenzo como le he conocido yo. No sólo os hubierais divertido. Sé que os habríais querido mucho y, si pienso en cuánto os hubierais querido, me parece que me lo haya dicho. Buenas noches”].■

**El texto sintetiza la doble presentación del libro que hizo el autor los días 11 y 13 de abril de 2012 en Bérghamo y en Le Piagge (Florencia).*